

## LAS VISIONES DEL VIAJERO DE PRAGA

“Todo ángel es terrible”.

(R. M. Rilke, Segunda Elegía de Duino)

### I

**A**BRIO los ojos y descubrió, enmarcada por el ventanal del antiguo hotel vienés, la uve negra que formaban las ramas principales de la acacia, sirviendo de soporte a la pluralidad translúcida de verdes y amarillos por la que se filtraba el sol.

La noche anterior había llegado de Praga y, aun después del largo viaje y del pesado sueño, el encantamiento de la víspera le seguía acompañando. Se afeitó sin apenas verse en el romántica espejo oval, bogando entre los recuerdos inmediatos: el viejo autobús amarillo despacioso entre llanuras y bosques, las casitas de techumbres pardas y rojizas, los islotes de coníferas de tronco erecto, semejantes a esqueletos de peces vegetales. Y entre tanta amable belleza, el prodigio, la hermosura de la hermosura; ocurrió tres días atrás, después de haber visitado el castillo y mientras paseaba sin prisa la deliciosa Zlatá ulicka, la Callecita de Oro de inverosímiles casas minúsculas obedientes a una arquitectura y un colorido candorosos. Los ojos se asombraban y el alma se sentía risueña ante los tejadillos rematados por grandes chimeneas blancas, las fachadas azules, verdes, amarillas, ante las puertas di-



*minutas y las ingenuas ventanitas como de libro de cuentos. Entonces ocurrió la visión. En una fachada ocre se abría un ventanal con hechuras de espejo o claraboya, que quizás en la noche hubiera sido tomado por un ciego reloj sin agujas. El cristal irisado devolvía reflejos, y entre lo azul y lo dorado dejaba medio ver una figura. Era una muchacha muy joven, de larga cabellera y vestido violeta que se peinaba ayudada de un espejo de mano que repetía indecisamente el rostro puro, y así llenaba el alma del viajero de reminiscencias marinas, de naufragios leídos en historias de adolescencia, de buzos perdidos entre la turbulencia de aguas y algas, de hermosas princesas o sirenas cautivas.*

*El rostro puro se miraba a sí mismo, sin más ocupación ni inquietud. Contemplaba su gracia plena y su reposo, fuera del tiempo. Por un instante, centelleó el espejuelo y con él el cristal de la ventana, cegando pasajeramente al viajero. Luego la esfera se volvió oscura y comenzó la decadencia del día.*

## II

*Así fue y así lo evocaba cuando se acercaba al Museo, en la plaza donde sigue imperando en bronce María Teresa. Allí un trozo de su vida trabajó conocimiento con la diosa Pomona, en tapiz belga del XVI, allí recibió los fulgores guerreros de cascos y rodelas de oro que portaron emperadores y archiduques, se extasió allí ante los camafleos de ónix y la Corona del Sacro Romano Imperio, admiró las armas de Carlos V, los músicos autómatas de sonrisa misteriosa y doliente, los jarrones infinitos de la Corte bohemia y los aguamaniles de jaspe con cabezas de dragones y bustos de hermosas, el salero prodigioso de Benvenuto Cellini donde colokuian bronce desnudos sobre animales mitológicos, el gobelet de Durerero y el de San Miguel, y relojes y estatuas, y medallas y globos celestes, y armaduras y cítaras, retratos de reinas taimadas y gélidos mercaderes por Hans Holbein, y las alucinaciones de Bruegel, y los pulcros interiores de Vermeer.*

*En su vitrina, el Kaiser José I galopaba con la capa de marfil al viento, según supo captarle Matthias Steinle. El viajero ponderó la clara figura; luego, por azar, alargó la mirada, traspasando una y otra vitrina. Divisó así al fondo, envuelto en reflejos, el rostro puro y remoto de una muchacha de violeta que contemplaba con quietud un mercurio de mármol.*



*Oscuras masas vegetales, semejantes a enormes animales agazapados, extendían a los lados de la carretera su fresco reinado. Hilos de telégrafo ponían como un acorde continuo de violín en el corazón del viajero. Blanqueaba el camino, siempre igual a sí mismo, y en sus riberas se propagaban humedades fluviales. Aparecía súbito un caballo rojo y reluciente, luego un campanario azul, en todas partes y siempre con el fondo de la espesura verde.*

*Anocheceía cuando llegó a Ljubljana, entre tráfico escaso y luces melancólicas. Tomó una parva cena y deambuló después con pereza bajo soportales con rótulos tristemente alumbrados: Optik, Pavliha, Frizer. Brivec... Recorrió las calles principales —Titova cesta, Gorupova ulica— y se internó por vías laterales que le llevaron a la orilla del río. Pasó al costado del mercado de frutas y flores, silencioso y vacío, pero aún con su perfume fresco y vegetal. Las estrellas temblaban y el agua duplicaba la forma de un hermoso edificio cuyo frontispicio lucía un nombre y una fecha: Academia Philharmonicorum, 1701.*

*La noche era serena y hecha como para proteger tranquilas sobremesas en familia. No se oían ruidos de automóviles ni viandantes, no se adivinaban bares ni salas de cinema abiertos.*

*Un estallido súbito, una inmensa explosión pasmó al viajero. De pronto, la Academia filarmónica se inundó de luces interiores, desbordadas por haces hacia fuera. La alta música de un gran concierto se derramaba por los ventanales y caía, envuelta en una lluvia de luz, sobre el pavimento frío y los tejados próximos. Apacibles figuras navegantes aparecieron surcando el cielo inmediato: aquí un sonriente anciano con un largo gabán, allá una joven señora con sombrilla de seda, más lejos unos niños plateados, unidas las manos para formar la rueda, que entonaban alegres cantos de cristal.*

*Se hizo el agua del río más espejo y la bendieron barcos policromos con dulce carga de danzantes y músicos. En las copas de los árboles despertaron bandadas de pájaros exóticos cuya pluma compitió con los fuegos de artificio. De los montes, vecinos descendía una festiva comitiva de gentes que cantaban y bailaban, portadoras de hachones encendidos. Insospechados brotes de alegría floreal nacían en cada esquina y en cada portal, bajo cada techo.*

*De tan viva, se hizo cegadora la luz; y las músicas crecieron hasta adueñarse de la ciudad y su noche. Luego fue cediendo la fiebre, despacirosa, y sonos y brillos se templaron hasta dar en la negrura y el silencio primeros.*



*Los paseantes del cielo suspendieron su misterioso navegar, así como los esquifes quedaron varados. Terminó el paso y el canto de la gente del monte. Se ocultaron las estrellas y el agua volvió al reposo oscuro.*

*Entonces ocurrió que las puertas inmensas de la Academia se abrieron, sin mano visible que lo hiciera, y en el mayor silencio. El enorme dintel sirvió de marco, bañándola de una luz muy suave, a la figura de una muchacha de rostro puro, pelo flotante y manto violeta que avanzaba tendiendo sus manos al viajero.*

